

# LAS AFINIDADES ELECTIVAS

Johann Wolfgang Goethe

"El destino nos concede nuestros deseos, pero sólo para poder darnos algo que está por encima de ellos". Esta frase de Goethe podría resumir su obra. En especial, su novela *Las afinidades electivas*. En ella nada es lo que dice ser. Dos parejas comparten un tiempo en el campo, se atraen entre sí, se buscan y se evitan siguiendo fuerzas de las que no son dueños y que son incapaces de controlar. Son las mismas fuerzas que rigen los fenómenos naturales. Las fuerzas que fijan las órbitas de los cuerpos celestes, que ordenan la materia y han dado lugar al misterio de la vida. Goethe toma el concepto de *afinidad* de las ciencias naturales. Es un concepto químico, muy querido por los alquimistas. Alude a los poderes místicos de la naturaleza. La civilización y la racionalidad aspiran a modular esos oscuros poderes, sirviéndose de su fuerza para producir algo provechoso. Es la tarea de la razón, ordenar la naturaleza, transformarla en un jardín. La pasión debe someterse a unas leyes análogas, y bien podría decirse que para los personajes de este libro el matrimonio es el jardín de la pasión.

La metáfora del jardín aspira a resolver el conflicto entre ley natural y ley moral, naturaleza y sociedad, deseo y conveniencia. Por eso las protagonistas de esta novela no sólo se dedican a alimentar sus pasiones reciprocas sino que ponen la misma determinación en transformar el lugar en que viven en un jardín. Trazan nuevos lindes, levantan diques y puentes, hacen embarcaderos, reconstruyen edificios. No sólo buscan lo útil, sino que los caminos discurran con armonía, que las vistas sean hermosas, que las vidas de las gentes del pueblo transcurran previsibles y tranquilas. Ordenan el mundo natural, tratando de transformarle en un lugar donde vivir. Sin embargo, y en la medida en que ese lugar no puede dejar de ser naturaleza, guardará en su seno lo fatal, como una víbora que se oculta en césped. Ottilie, el personaje femenino central de esta novela, se tropieza con ese lado demoníaco del universo natural. Se ocupa de cuidar el niño de Charlotte, su protectora, pero se distrae y provoca el accidente que todo lo cambiará. Y la novela pasa a girar inesperadamente sobre el misterio más terrible que existe, el misterio de la muerte de los niños. Pues ¿cómo puede morir lo que aún no nacido del todo? Esta muerte inexplicable, causa el desmoronamiento del mundo tan laboriosamente construido por la razón. Y las desgracias se suceden hasta componer uno de los finales más tristes y hermosos de la literatura de todos

los tiempos. "Considerada desde la fatalidad, escribió Walter Benjamin de esta novela, toda elección es ciega y conduce a la desgracia".

Es un giro extraño, pues hasta ese instante la novela ha transcurrido como un canal de aguas serenas y bien conducidas. Hasta el amor mismo parecía un juego en el jardín, junto a ese canal. No había celos, ni deseos de venganza, ni sentimientos de traición o deslealtad. Aún más, cada uno de los implicados parecía comprender sin esfuerzo las debilidades de los otros, y hasta identificarse con ellas, pues el amor no pertenece al mundo de la voluntad. Charlotte no lamenta el enamoramiento de su marido por Otilie; porque ella misma está demasiado ocupada en su amor por el capitán. Y Eduard, tampoco parece sentir remordimiento alguno por la pasión que siente por la sobrina de su esposa. No se piden cuentas, porque en rigor no son responsables de nada. El amor y la pasión pertenecen al universo natural. No es lo que elegimos, sino lo que nos pasa sin que podamos evitarlo. Y Goethe se limita a contárnoslo, como haría un científico que ante una probeta fuera anotando el comportamiento de las sustancias que acaba de mezclar. Pero la muerte del niño lo cambia todo. Se trata de un niño especial. Charlotte y Eduard, los esposos, lo conciben en un extraño momento de intimidad y, puesto que los dos al abrazarse están pensando en los que aman, el niño terminará por parecerse a aquellos con los que estuvieron en sus fantasías. Y así tendrá los rasgos de el capitán y los ojos de Otilie. Es pues un niño marcado por un designio de excepción, un hijo del amor. Y esa será su desgracia, pues el amor no tiene cabida en el mundo de la razón. Y Otilie pertenece al reino del amor. No al mundo de los que deciden, sino de la pasividad. Según parece Goethe se sintió trastornado por su propia creación. Goethe, como Chaplin, nació para amar a las mujeres jóvenes. Se enamoraba de ellas, les dedicaba sus poemas; y ni siquiera en la vejez dejó de desearlas. Era consciente de los peligros demoníacos de la pasión, pero no sabía renunciar a ella. En *Las afinidades electivas* el matrimonio representa el ordenado universo de la moral social, siempre amenazado por la incontenible fuerza elemental del amor. El trágico final, la muerte serena y discreta de los protagonistas, restablece el orden superior de la vida matrimonial. Aunque como escribiría Benjamin se trata de una apología envenenada, pues "el delito el delito resulta más seductor que la invitación a repararlo".

Y Otilie refleja esa dicotomía entre razón y vida. "Si el corazón pensara dejaría de latir" escribe Pessoa. Y todo en Otilie parece estar hecho para el amor. Como Margarita, o Carlota, la protagonista de *El joven Werther*, pertenece al mundo descrito por Ovidio, pues el amor no es el reino de la identidad sino el de la metamorfosis. En rigor no se trata de personajes, pues carecen de psicología. Juan Viloro dirá que Otilie recuerda un alcaloide, ya

que reacciona según las sustancias que tiene a su lado. Antes que un personaje, es una criatura. Alguien que debió permanecer en el bosque, entre las fuentes y las grutas, como los ciervos o las lobas, que es pura naturaleza. Y hay pruebas constantes de ello. Sus dolor de cabeza al pasar junto a un yacimiento de carbón, su capacidad mimética: su escritura termina por confundirse con la de Eduard y cuando le acompaña al piano se adapta a su manera de tocar. Recuerda a la ninfa Eco, que enamorada de Narciso fue condenada a repetir sus palabras y sus gestos.

Otilie deja de hablar y comer, se abstiene de actuar, como Eco. Elige morir, porque no puede vivir sin lo que ama. Juan Ramón Jiménez dijo que la poesía es lo que no podemos tener de la vida, y Otilie se resiste a que algo así sea cierto. La muerte del niño que cuida, es el signo de su derrota. La escena es inolvidable. Otilie ha salido a pasear con el niño, y lleva un libro en la mano. “Era uno de esos libros que captan los ánimos delicados sin dejarlos escapar”. Es la lectura de ese libro la que le hace demorar su vuelta, y la que permite que Eduard la encuentre y vuelva a declararle su amor. Cuando corre turbada a la barca, Otilie tropieza haciendo que niño y libro vayan a parar al agua. Y al rescatar al niño éste ha dejado de respirar. Es el fin de todo, y la novela se transforma en una dolorosa declaración de impotencia. Puede que el orden social se haya salvado, pero a cambio se nos pide que renunciemos a nuestros deseos. ¿Podemos hacerlo? No, no podemos. Es eso lo que nos hace visitar el lugar de los niños ahogados y recuperar el libro que Otilie perdió. Esta novela es una de las metamorfosis de ese libro de agua. En ella están nuestras lágrimas por “tantas cosas omitidas”. También la oportunidad, como ha escrito Juan Vilorio, de que “la razón relea lo que no supo captar la emoción”.